

“Saber de sí”, cargar con la existencia: educar con-sujeto

ANTONIO SÁNCHEZ
ANTILLÓN*

El presente escrito enhebra en el telar de la pregunta sobre el sujeto, mediante dos puntas, la educación y la psicoterapia. Sitúo la importancia del reconocimiento del sujeto como el campo en donde tecnologías como la educativa y la psicoterapéutica han enraizado sus métodos. Parto así de un contexto, con la pregunta actual sobre el sujeto de la educación, recorro brevemente el contexto en donde nace la psicología según la hipótesis de que es un síntoma, dada la anulación del sujeto del conocimiento. Posteriormente trato de pinchar la “sobre pretensión” de la psicología de ser el “medio de develamiento del sujeto, para evidenciar que lo fundamental está no en el medio sino en la tarea ineludible del humano por hacerse cargo de sí en el mundo.

Así tendríamos que contraponer a la psicoterapia como un recurso disciplinador y aislado de la práctica educativa, dispositivos de vinculación del sujeto del conocimiento con su producción y prácticas profesionales; así como desfetichizar la atomización entre agente, autor y actor en prácticas y producciones del conocimiento. Según esta pretensión, el escrito no se preocupa por la discusión moderna en educación, ya que lo primordial del problema se sitúa, no en relación con las dimensiones del obrar sino primariamente en la búsqueda de legalidad de la presencia del *sujeto*: cognoscente, esforzante, fruicente, sufriente, deseante; actos y funciones conforme una estructura, de un sujeto lanzado “para ser”.

Contexto

Sócrates: ¿Pero es una cosa fácil conocerse a sí mismo, y fue un ignorante el que inscribió este precepto a las puertas del templo de Apolo en Delfos? ¿O es una cosa muy difícil que no es dado a todos los hombres conseguir?

“Diálogos de Platón”, El Alcibíades 1.

Pensar la educación nos pone ante los retos de hoy. ¿Cómo poder situar la educación más allá del saber como mera contemplación?, ¿cómo poder situar la educación allende el utilitarismo y el pragmatismo?, ¿es pertinente el acercamiento al campo profesional, para profesionalizar a nuestros alumnos?, ¿qué efectos generaremos con este acercamiento?, ¿haremos de nuestros estudiantes sólo engranajes perfectos para la máquina productiva?

Éstas y muchas otras preguntas son recurrentes en algunas mentes que evidencian que la universidad, para seguir jugando un papel importante en la sociedad, requerirá acercarse a las demandas de la misma. Al pensar en este acercamiento surge la pregunta sobre cuál es el sujeto de la educación.

Podemos hablar de un nuevo sujeto de la educación o simplemente reconocer que este tránsito de la universidad a la planta productiva es un juego de despersonalización, (como en el caso de los obreros), donde se avizora algo que la universidad ya había olvidado, a saber, al sujeto mismo en su proceso de aprendizaje;

** Maestro en teoría psicoanalítica por el Centro de Investigación en Estudios Psicoanalíticos, además cuenta con estudios en Filosofía por el Instituto Libre de Filosofía y Ciencia. Actualmente es coordinador de la Licenciatura en Psicología del ITESO.*

Nuestra sociedad ha venido generando nuevas tecnologías para atender al menesteroso ser humano, inteligente

aprehender la realidad, aprendiéndose en la realidad.

Hoy vivimos seccionados en áreas de formación: el área educativa, pedagógica, de comunicación; ello nos ha permitido ir desarrollando modos particulares de hacer las cosas, de especializarnos en esos modos. La especialización nos ha distraído de lo obvio, lo diáfano en la interacción del hombre con su objeto de estudio, es decir, el sujeto del conocimiento. El desarrollo de metodologías y saberes especializados tiene su sentido en cuanto que es construido por un sujeto, al cual le tendríamos que reconocer su ser hablante, sentiente, inteligente, apetente, menesteroso y esforzante, no sólo su anonimato conforme la ascesis de mayor producción de bienes y servicios en el menor tiempo, para mantenerse en la planta productiva.

Pero ¿cómo no olvidar al sujeto del conocimiento, al sujeto que al acercarse a la verdad en las cosas brama desde su necesidad por la utilidad de los objetos? Quizá tendremos que volver, una vez más, nuestros ojos a los griegos clásicos para repensarnos en nuestra actualidad. Demanda eterna de un “para ser” (un padecer).

Con lo aquí dicho retomo la hipótesis foucaultiana, según la cual aquél apotegma que Sócrates siguió durante su vida, “conócete a ti mismo”, dejó de lado desde el racionalismo cartesiano, ese segundo axioma para la vida: “cuida de ti mismo”. Foucault en la introducción de su segundo texto sobre la historia de la sexualidad y en el primer capítulo de *Tecnologías del Yo*, fundamenta cómo las distintas sociedades del pasado desarrollaron una tecnología sobre el saber de sí como modo que precipita al sujeto un ascesis sobre el uso de los placeres, sobre el uso de los cuerpos. De ahí que la diferencia aristotélica de *éthos* en *Pegé* y *Kharaktér* el primero referido al principio de hábitos y actos, y el segundo al resultado de los actos y los hábitos, esto tiene su importancia en que el hombre libre genera la disciplina para crear su propia figura de cómo ser en el mundo. La actividad, la movilización de sí para alcanzar la *enkrateia* (gobierno de sí) y la *sofrosine* (templanza) implican ejercicio, disciplina.

Sin olvidar la historia

Nuestra sociedad ha venido generando nuevas tecnologías para atender al menesteroso ser humano, inteligente. Es interesante destacar que ante el empoderamiento que ejerce el método de las ciencias naturales en el siglo XIX, con esa aspiración de reconocer en el objeto “la verdad” excluyendo la subjetividad, nacen desde esa misma pretensión los autores que inaugurarían la psicología. El esfuerzo freudiano de darle estatus de científicidad a sus hallazgos no fue sino la pretensión de un saber naciente por justificarse y legalizarse en las reglas imperantes, pero además podríamos reconocer que, con el fenómeno de la histeria, al cual se debe el psicoanálisis, no sólo se esgrimía y se jugaba la presencia de la mujer, su irrupción, sino además, la rebeldía de un cuerpo que había sido eludido de varias formas en occidente. Domeñar el cuerpo es imposible por razones de Estado o por virtuosidades obscenas o ideologías productivas. Algo que seguramente pretendía el marxismo era sacar del anonimato a los miles de cuerpos sometidos al nuevo dios de la industria que venía desplazando al Dios de la cristiandad. Su intento revolucionario encontró eco gracias al sometimiento de ese mismo cuerpo hablante al ideal del paraíso comunista, con la paga del heroísmo militante. Ese estallido revolucionario, dirigido por una guerra mundial sin cuarteles en contra de la burguesía dominante, este llamado heroico que reconoce que todo lo tienen de por sí perdido (el proletariado), y que a lo más se perderían las cadenas, se enfrentó de nuevo a los seres parlantes que disfrutaban al devorar los cuerpos, a saber, el Estado dictatorial, el socialismo real de Estado.

Ese modo de enfrentar el anulamiento del sujeto en su sobrevaloración de la industria, la técnica, la ciencia, la ideología fue cuestionado de modo artístico por la histórica. Si bien es cierto que la realidad se rompe por la parte más débil, también es importante reconocer que esa vulnerabilidad sólo evidencia la capacidad que tienen los otros lados de romperse, y que lo débil se rompe más rápidamente pero también

encontrará más pronto el modo de asirse, de enlazar su ruptura. De ahí que cuando los lados fuertes se rompan tendrán que aprender del débil para rehacerse.

Las diferentes corrientes psicológicas del siglo XIX, así como la histeria, nacieron para apuntar a un nuevo orden en la sociedad, pues no se podía seguir demorando más la presencia de la mujer, la presencia del cuerpo. Es así que las tecnologías del saber de sí que se enuncian en el *Alcibiades* de Platón; en la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles; en la *Carta de Meneceno*; en *Séneca* en el *De Ira*; en el arte de escuchar las clases, en el tratado de Plutarco; en San Agustín y sus confesiones, en San Ignacio y sus ejercicios espirituales, son retomadas con el lenguaje nuevo, el de la Modernidad. Ya no es el discurso de la religión ni el discurso de la filosofía sino el saber pre-claro, el saber positivo, diríamos en la exaltación maniaca de Augusto Comte. Este saber moderno empujó al sujeto a concebirse de modo distinto con respecto a sí mismo, lo volvió objeto de estudio, con la admisible evidencia de que toda objetualización desvanece al sujeto,¹ por ello las pretensiones de Wundt y de Freud de generar un saber científico del sujeto se toparon de frente ante el recurso del método, entendido éste como los modos o los caminos para hacer las cosas. Dependiendo de lo que haga o cómo lo haga, obtendrá ciertos efectos, pero de igual modo dependiendo de dónde me situó, conforme qué intereses y presupuestos evidenciaré algunos datos y no otros a los cuales daré sentido. Método, camino que me puede llevar a saber de las cosas (o de los sujetos), con la condición de posibilidad humana que anida en la cosa su capacidad de dar de sí.

En este nacimiento de la psicología, hipotetizo que la evidencia del primer laboratorio de Lipzing y de las sesiones hipnóticas de Charcot buscaban en un cuerpo asumido conforme la funcionalidad biológica, un alma; un algo que animaba a los cuerpos humanos a un desorden propio de quien juega a la desmedida.

Desde aquí ¿podríamos suponer que el nacimiento de las corrientes psicológicas fue un síntoma ante el nacimiento del conocimiento de

los objetos?, ¿y que este saber positivo reniega de la negatividad humana?, ¿es el síntoma de la histórica una rebeldía contra la ley absoluta, y en demanda del orden-regla que regula presencia?, ¿es pues, la psicología una buscadora de síntomas por ser ella misma un sino del olvido del sujeto?

Psicoterapia

Hay muchas propuestas psicológicas, y no pocas que presumen de tener claro el objeto de estudio, un supuesto de objeto de estudio que hasta podría tener legalidad por su cuantificación, otras tienen una práctica muy estructurada, y con poco sentido sobre la finalidad de la misma.

Juguemos más allá de la legalidad epocal, y quizá yendo en contra de ella, con las palabras, psicología, psicoterapia.

Psicología, si nos ponemos arcaicos, diríamos “tratado del alma”, si presumimos de modernidad, “estudio de lo mental”. A la técnica de este tratado muchos le han llamado “psicoterapia”, pero si lo viéramos desde un sentido común y lego nos preguntaríamos qué es eso de “terapia de la psique”. Es claro que desde la griega clásica se apunta a modos diversos de terapias, curaciones, y entre ellas está la “cura del alma”. Es importante también ponderar que en la Edad Media ante acciones “fuera de lo común”, se remitía a “la posesión”, un espíritu que revolvió lo físico de un cuerpo. Esas acciones eran inadmisibles en una inteligencia humana pensada como buena, por tanto remitían lo desorbitado a un ente externo. Ya no era cuestión de curar sólo el alma de la persona (como hicieran los griegos) sino que ese mal no lo reconocían como propio de ese cuerpo humano, era algo que estaba del lado de lo demoniaco.

Posteriormente, en los siglos XVII y XVIII algunos acercamientos a estas conductas alocadas, postularon explicaciones mixtas. De tal modo que psiquiatras como J.C. Langerman,² creían que la locura se hallaba en estrecha relación con las pasiones por lo que, únicamente podría adueñarse de una mente poco firme, pues una mente robusta no podía enfermarse. Ideales por su

parte afirmaba que toda pasión es una enfermedad mental, o Nepomukrigseis quien atribuye a la enfermedad un principio de mal, de pecado. J.C. Raid se hizo famoso por sus métodos psicoterapéuticos que recomendaban la supresión de alimentos, el hierro al rojo vivo, los azotes con ortigas, los golpes de vara, las proyecciones de chorros de agua, tocar a los pacientes con objetos terroríficos (como con una mano de muerto). Los métodos del magnetismo animal también llamados “formas sistemáticas de la medicina creencial”,³ dan explicaciones en donde el lenguaje va desde argumentos válidos en la ciencia de la época hasta especulaciones casi místicas. Mesmer advierte en su tesis doctoral sobre “la presencia de un fluido que se mueve con la máxima celeridad, actúa a distancia, se refleja y se refracta, como la luz, es inactivado por algunos cuerpos y cura directamente las enfermedades nerviosas e indirectamente todas las restantes”.⁴ Un seguidor de Mesmer, Daniel Hack Tuke, permite visualizar un agregado, referente a esas conductas anómalas bajo el juego analógico y un dualismo fundamental, la interacción de esas dos instancias, lo psíquico y lo físico. A él se le atribuye el término “psicoterapéuticos” para designar los tratamientos particulares, explicados desde su enfoque fisiológico:

Hemos acabado el estudio de los fenómenos psicofísicos. Como hemos visto, unos resultan de la acción de la mente sobre las funciones del cuerpo en estados de salud; otros constituyen estados patológicos; otros en fin obran como mecanismos curativos. Se podría dar al estudio de los primeros el nombre de psicofisiología; al de los segundos, el de psicopatología; los otros, colocados junto a los medios físicos ordinarios, formarían la *psicoterapéutica*.⁵

En esta época en Europa, y sobre todo en Francia, se genera la búsqueda para responder al fenómeno de la histeria, el “mal de los nervios”. En la batalla, estaban Charcot, Liébeault, Bernheim, P. Jannet, Freud. Un punto de discusión sobre el tratamiento hipnótico para la histeria era si éste era del orden sugestivo o no, entendiendo por esto, desde la perspectiva de

Liébeault, como la introducción de la idea del fenómeno en el cerebro del sujeto por la palabra, el gesto, la vista o la imitación.

Argumento por supuesto del cual trató Charcot de defenderse. Freud ya en 1983 (año en el que muere Charcot), en su publicación sobre el tratado del alma, advierte que debe haber tres elementos para la efectividad de estas terapéuticas, la fe piadosa del individuo (en el médico), el influjo de la multitud y el posicionamiento del taumaturgo con su habilidad de cura. Estos tres elementos entran en juego en la cura anímica por las fórmulas de los ensalmos.⁶

Freud,⁷ quien enraíza el nacimiento de su propuesta en la escucha diferenciada de la histórica para la teorización del inconsciente, tampoco fue ajeno al intento de legalizar su saber, conforme el lenguaje de las ciencias naturales de su época. Pero por otro lado, al igual que otros autores, en su teoría nos permite evidenciar esos nudos de problematización: ¿cómo dar razón de esa “anormalidad” en el fenómeno de la histórica?, ¿cómo dar razón de esa aparente sin razón que movía al cuerpo a transgredir la funcionalidad anatómica? De ahí su propuesta de trabajo psicoanalítico que consistía en analizar la psique. El análisis de esa segunda conciencia, reconocida como inconsciente, si bien abrió la puerta para pensar que el “mal” que se expresa en el cuerpo de las indomadas tiene que ver con deseos reprimidos, adquiere en realidad su fuerza por el hecho de enviar al sujeto sobre su historia y sus representaciones meta, es decir manda el fenómeno al sujeto mismo. En muchos casos la lectura de Freud se ha visto como enviar la sin razón a un ente que quita la responsabilidad de las acciones, sin embargo en realidad es una propuesta transgresora por generar un modo en el que evidencia esos deseos acallados, para reconocernos humanos, demasiado humanos.

Este brevísimo recorrido tiene la pretensión de apuntar a aspectos medulares de la problematización sobre el tema que aquí nos convoca: la psicoterapia como una tecnología del saber de sí. Primeramente hay que reconocer que el fenómeno de lo así llamado “anormal”, se abor-

da desde el horizonte occidental de pensamiento en el dualismo cuerpo-alma, cuerpo-mente, psicofísico, psicofisiológico, etcétera. Dos, que en los discursos hay un lenguaje propio de cada época, es decir, que lo validado en cada época convoca a decir las cosas de determinada manera (nadie se escapa de ser hijo de su tiempo); que hay un intento por validar lo que se hace con explicaciones exhaustivas que tienen “pretensión de verdad”. Tres, que los fenómenos a los que se apunta son comunes y distintos en cuanto a que finalmente se trata de una construcción surgida del dato y la explicación de éste. Cuatro, esta pretensión de verdad genera un espectro filosófico, a saber: la palabra “científica”, el diagnóstico, evidencia una realidad, de tal modo que así como en la época antigua ser poseído por el demonio era un signo irrestricto de su existencia y por tanto de la exclusión de la ciudad o reclusión, hoy hay posicionamientos en donde una alteración justifica hacer lo mismo con el enfermo. Es decir, el “discurso de verdad”, es incuestionable.

Sería pertinente mantener a la vista estos elementos, cuidarnos de ellos en un esfuerzo de vigilancia epistemológica. Un modo podría ser asumiendo que los diagnósticos son creados por nosotros en relación con fenómenos que nos afectan ya sea como individuos o como sociedad, y que apuntan a estados problemáticos que requieren respuesta. Con estas pistas de vigilia de ningún modo se trataría de desconocer el valor-funcional que tienen los diagnósticos y cómo estos fenómenos han provocado que la medicina y la química crearan sustancias pertinentes, y la psicología, tecnologías de tratamiento. Sin embargo la vigilancia epistemológica permite ser modestos en nuestro saber y en el acercamiento a los fenómenos, para no colocarnos en ese estado de plenitud de conocimiento cual dios omnipotente sin necesidad de redención.

Por otro lado, este recorrido también tiene la pretensión de evidenciar las diversas respuestas a la problemática humana de cómo vivir bajo el yugo de nuestros deseos (en medida y desmedida), y la competencia con los otros por los bienes. El acompañamiento espiritual en el ho-

rizante cristiano ha sido una tecnología que se ha construido para salvar las almas de sus tormentos. Estos tormentos tocan a todos por igual dado ese reconocimiento agustiniano: “yerro entonces existo”. Esta intuición de la existencia por el error pondera que todos requerimos un “algo”, por ser menesterosos. Más allá del lenguaje religioso y más cercano a la intención griega, quisiera re-signar el término de psicoterapia.

Tecnología del saber de sí; psico-terapia⁸

*Sócrates: Hemos hecho mal, cuando hemos convenido
en que hay gentes, que no conociéndose a sí mismos,
conocen sin embargo lo que está en ellos,
porque ni aun las cosas que pertenecen
a lo que está en ellos conocen.
Estos tres conocimientos: conocerse a sí mismo,
conocer lo que está en nosotros, y conocer
las cosas que pertenecen a lo que está en nosotros,
están ligadas entre sí;
son efecto de un sólo y mismo arte.*

“Diálogos de Platón”, *El Alcibiades 1*.

Creo que este *psi*, que ha apuntado a ser el alma, la mente, es un intento por expresar “un algo”, en el sujeto que habla. Hipotetizo que esta sensación de lo interno, de lo íntimo, hace suponer una entidad que tenemos y que nos conduce; quizá con el lenguaje moderno podríamos evidenciar que la capacidad que tenemos por ser sujetos, de enunciar sobre nosotros mismos (y no sólo sobre las cosas) es algo que nos pasma.⁹ Asumiendo algunos sedimentos de los pensadores de esta época afirmo que el ámbito interno (y lo que se denomina como psíquico) existe gracias a lo externo (lo social, en cuanto discurso que enlaza).¹⁰ Nietzsche evidenció esta capacidad predicativa de nosotros mismos que tenemos, como un ello que habla, una comunidad de almas que habla por nosotros.¹¹ Esta función predicativa se debe a ese reconocimiento que hacemos por tener Inteligencia sentiente,¹² entendiéndolo por esto la aprehensión de la realidad como de suyo y el en sí como en propio.¹³

La palabra
terapia apostaría
al reconocimiento
de la
vulnerabilidad
humana que
requiere por ello
“cuidado”

Esta Inteligencia permite pues, no sólo reconocer que yo soy una existencia sino que esa existencia la reconozco en propiedad, como mía. Nietzsche y Zubiri apuntan a esta necesidad humana de generar la inteligencia al imponerse el *Phylum* humano ante el medio y sobre los instintos. Esta indeterminación (en términos zubirianos) impele a hacernos cargo de la realidad, a respirar por nosotros mismos, y a trabajar para crear nuestros insumos y consumos. Reconozco pues, que la psique, arranca formalmente de esa capacidad reduplicativa de reconocernos en propio y lanzados de modo irrestricto a cargar con nuestras inquietudes. Y a nivel de contenidos sería la admisión de que es la simbólica social (la cosa en cuanto sentido) lo que nos constituye desde adentro, y que tanto el contenido como el dispositivo se deben al legado que los otros nos transmiten desde la singularidad-colectiva de la lengua.

De igual modo, la palabra terapia para mí apostaría ya no a una cuestión de curación sea salvífica o médica sino fundamentalmente, al reconocimiento de la vulnerabilidad humana que requiere por ello “cuidado”.

El acercamiento de Platón en su *Alcibiades*, parece pertinente, es el reconocimiento de la inquietud de sí, para el cuidado de sí.

Si asumimos que lo ineludible del hombre es hacerse *cargo de sí*, establecemos que para cumplir tal requerimiento es insoslayable el *saber de sí en sus actos e inquietudes*.¹⁴ Los dispositivos (tecnologías) para que el sujeto sepa de sí, requiere la capacidad de saber escuchar el discurso que lo enlaza y que enlaza a los otros, para poder reconocer en él, su papel de agente, que piensa (y es pensado por otras “almas”) su propio guión, que actúa más allá de intenciones claras y que de cualquier modo, dado que por sus actos habla, es autor, aun en aquello que él mismo podría suponer como inadmisibles. Reconocer cómo en ese discurso se generan sentidos, un sentido que rebasa “el pacto social de paz”, un discurso que permite evidenciar el andar de nuestros actos asumiendo la inconclusión de los mismos.

Desde aquí, si bien es muy valioso reconocer las distintas psicoterapias que se han generado,

es importante asumir que ir o no ir al psicólogo a nadie lo exime de ese deber que tiene respecto de sí: saber de sí y cuidar de sí.¹⁵ Es curioso, pero cuando se va a la escuela no se cuestiona que el sujeto esté ahí para saber cosas sobre una profesión, pero parecería vedado el que, entre las cosas que el sujeto tiene que hacer en una formación educativa tuviese que saber de sí como sujeto-hablante, profesionalizante. Poder reconocer la presencia del sujeto, en el análisis del objeto, podría resituarnos, respecto a los productos que generamos y afirmar a los alumnos, en su creación.

En nuestra época se ha acrecentado la producción de textos de autoayuda, los seminarios y foros sobre valores, intenciones que pueden ser modos desesperados de querer domesticar las “malas conductas”, de los alumnos “desviados”. Estos modos rayan en propuestas moralistas, en pretensiones de buena voluntad dirigidas al registro cartesiano de la conciencia (ideas claras). Ya que lo que importa es lo que se enseña, para domesticar, vedando, eso de lo que no se quiere saber, la fractura del sujeto. Éstas tienen mucha audiencia dada la promesa de la “felicidad”. A ellas se podrían contraponer espacios que surgen del esfuerzo de años de experiencia profesional por evocar no una *morís*, moral, ni sólo una disciplina del carácter sino la posibilidad que nos da nuestra época de generar condiciones para la pro-vocación de esos inéditos de los que por el habla del sujeto, tenemos noticia. Así el dispositivo para la generación del sujeto estaría remitido, no a escuchar al maestro (no se trata de cátedra) sino a que el conducente escuche al disidente. El discurso, ese que ya mencionamos, me enlaza socialmente con otras “almas”, significaciones e identidades cuarteadas; es en ellas en las que me puedo desconocer, afirmar, negar, anonadar, suspender; límite y falla de la realidad simbólica que me habita. Para ello pues, no hay que hablar mucho de cómo hacer un proyecto de vida, hay que guardar silencio para patentizar simplemente la pro-yección, la abyección en este mundo simbólico.

Concluyendo, el sujeto en educación primariamente requiere carta de ciudadanía, violen-



Psicoanálisis II

tar la pretendida neutralidad del conocimiento; reconocer que el saber de sí requiere una mediación, de un conducente a la vela del discurso; que el saber del sujeto no es menos valioso que el saber sobre objetos de estudio; que ese sujeto cognoscente y productivo es inteligente, volente, esforzante, doliente, deseante, fruyente. Conforme esta admisión de la presencia del sujeto y la creación de un dispositivo para su develamiento, el buen deseo de Edgar Morin no sólo de formar científicamente sino también sabiamente, cívicamente, tendrá su campo precipitante.

La presencia del sujeto

Decíamos al principio del artículo que hay dos hebras por enhebrar, para rematar la costura, precisaré sobre la constitución del sujeto.

Cuando hablamos de educar o de aprendizaje, remitimos nuestra mente a la escuela, y a esa "típica" escuela de nuestra época, en donde se cree que sólo sirve para enseñar contenidos. Contener, desasar la cruda carne, es tan sólo el principio.

Cuando refiero este diálogo entre terapia y educación, estoy apuntando al nudo básico que

los sostiene, a saber: un concepto antropológico y epistemológico. Así, y de acuerdo con algún filósofo moderno, todo acto primario de conocimiento se funda en aprehender, el aprender es sólo una tecnología, uno de los métodos.

Educar desde mis presupuestos de análisis es reconocer modos relacionales de ser frente al mundo.¹⁶ De ahí que, el no reconocimiento del sujeto es operar en pretendidas relaciones de ficción, en donde pareciera que el sujeto no tiene intenciones con los objetos. Ya los psicólogos humanistas trataron de hacer una propuesta de reconocimiento de la persona en la educación. Quizá el extravío de algunos estuvo en no diferenciar a cuál persona se refieren, ¿al objeto empírico de conocimiento?, ¿al del “darse cuenta”?, ¿a la actuación de la persona al “experimentar”? Posiblemente, “el dato” frío y neutro de los positivistas, fue uno de los extremos, y el “experimentar” humanista el otro en la pregunta por el conocimiento. Los primeros anularon al cognoscente y los segundos, lo enviaron a un onanismo del sí mismo, “como” ajeno al mundo.

Dicho lo anterior quiero puntuar dos aspectos sobre el sujeto de la educación. El primero sería cómo se constituye el sujeto, y el segundo según que figuras se nos presenta ese sujeto, y cuál es su límite.

La constitución del sujeto es gracias al otro, a diferencia de los animales, el humano requiere el socorro de otro, quien ante la nueva vida, viene y le da carta de humanización. Ese cuerpo que llega con estructura corporal y carga genética, requiere que otro actualice en el mundo su constitución, su construcción. De ahí que desde el nacimiento el hombre *queda* “sujetado”,¹⁷ enlazado por un lenguaje humano. Lenguaje que implica signos humanos de ser. Todo acto humano se impronta en las delicadas fibras del nuevo ser. El neonato pasa de paquete biológico a humano sentido (un real, un *primordium* de realidad). Y en ello el lenguaje lleva la mano, en cuanto que inscribe un cuerpo al mundo. El neonato requiere ser con-sentido, con-dolido; requiere ser sentido, susurrado, olfateado, deslumbrado, inquietado, deseado, movido.

Además de con-sentido, requiere tener un lugar en el orden que las cosas tienen para los humanos.¹⁸ Y para ello el lenguaje tiene sus secretos de inclusión. Nuestros actos sin habla son muchos, como muchos los efectos del habla; por ambos el sujeto recibe pautas de relación, posicionamiento e interpretación del mundo. De tal modo, el neonato es con-figurado conforme un elenco de signos humanos.

La figurabilidad de lo humano requiere para su actualización, actos de conciencia y de juicio, en un proceso de develamiento de esas improntas y del modo como ese paquete biológico ha reaccionado. Paquete biológico que vivirá de añoranzas del origen, pues sólo secundariamente (configuradamente) se sabrá de él, pero siempre en el límite de ese “real primigenio”.

Así como el aprehender el mundo no lo es gracias a una tecnología específica de aprender (en la escuela), tampoco el educar lo es. Ambas tecnologías se basan en una pregunta fundamental: cómo ser humano. Esto implica según qué figura me voy conformando gracias y por desgracias de los otros, por ello las tecnologías modernas tales como “aprender-a-aprender”, son pertinentes en cuanto que apuntan al campo básico de posibilidad del develamiento del Ser configurado, sujetado.

Precisando, al hablar del sujeto se apunta a tres dimensiones: ser agente, actor y autor. Esto es, el ser humano tiene la virtud de obrar, y en ese obrar produce efectos en las cosas y con sus semejantes. Pero esa virtud no existiría si no fuera por la gracia y la desgracia del otro; por un poder que otro ejerció sobre el neonato, quien recibe primero pasivamente la intromisión del mundo externo, improntando su cuerpo. De ahí que lo íntimo y lo externo se vuelve ominoso cuando el velo al moverse por la hiancia entre intenciones y actos no concuerdan, pues el deseo consciente se sorprende por un cuerpo que en su necesidad y deseos toma caminos no pensados. La conciencia tarda y tonta llega para asombrarse de nuestros actos. Y en ese proceso el *deinon* se presenta,¹⁹ se actualiza, o nos maravillamos o nos horrorizamos, o ambas. Y la pregunta es ¿quién es el agente de eso?, ¿yo?

Desde el nacimiento el hombre queda “sujetado”, enlazado por un lenguaje humano

Y sí, es un Yo, pero no el de la conciencia sino el de los actos, el ser agente. El actor de la conciencia se pretende rey de los actos y se enseña bajo el manto de un discurso “lógico” de intenciones claras. El actor, vive del personaje. De él nos enamoramos muchas veces. Nos enamoramos de nuestras actuaciones al grado que no queremos renunciar, pues el Yo tiene la seguridad en el papel. Guión que se sostiene en un agente.

En el proceso de develamiento, el Yo vive ofendido, porque la actuación se remite a un agente no a un destino. Este atentado en contra de la seguridad y la creencia genera rebeldía y odio, pues a veces se da cuenta de que somos malos actores, pues ni somos trágicos ni cómicos, a lo más “noveleros”. Y al descubrirnos en tan mal papel se apela a algún culpable por la mala actuación, o por el mal guión. Y por tanto viene la pregunta por la autoría.

Esta deconstrucción implica también una construcción de nuevos guiones conforme el mismo agente pasivo-activo. La afirmación del ser Autor, implica saber vivir con el desencanto de no ser ni el ser único ni independiente que podríamos haber imaginado. Y que dado que nos construimos por los otros y no podemos ser sin ellos, los guiones y las actuaciones serán eternamente co-construidas. Aceptar vivir después del desencanto, con la propiedad del nombre (“propio”) en lo impropio por la gracia y desgracia del otro, implica un retruque de pensamiento, de posición, de ejercicio de poder, de modo de enfrentarse así mismo con-frente a los otros.

Así pues, la tecnología del saber cómo hago lo que hago, quién actúa y cómo se construyen los guiones (modos simbólicos de ordenar el mundo), tocan de frente lo que llamamos educación, aprendizaje y terapias.

De ahí que lo sostenido a lo largo de este artículo es la *presencia* del sujeto en sus múltiples dimensiones, según una perspectiva fundante, de lo que se entiende por educación y psicoterapia.²⁰ Ya Ignacio de Loyola advertía ese diáfano principio como requisito para iniciar ejercicios espirituales, que haya sujeto, a ello atribuyo todos sus esfuerzos preparatorios hasta

instaurar, actualizar en el otro la conciencia de *su ser agente*. Éste es un esfuerzo primario que precipitará modos más elaborados de actuación hasta afirmarse en autoría de textos, de vida.

Lo diáfano radica, para el ámbito de la educación, en dar el peso de quién es el interlocutor, un ser inteligente, volente, afectante, doliente que se debate entre el conocimiento de las cosas y cómo ese conocimiento a su vez lo ordena, ya que al aprehender las cosas nos aprehendemos, al “ordenar” el mundo me ordeno. No olvidar la presencia del sujeto, es construir tecnologías que respondan a esos tres elementos que sostienen al sujeto.

Notas

1. Cfr. Laín, Pedro. *Teoría y realidad del otro*, Alianza, Madrid, 1961.
2. Sobre los aspectos de los psiquiatras modernos véase el texto de J. Bokmann. *La psicología moral*, Herder, Barcelona, 1967.
3. Cfr. Laín, Pedro. “Introducción Histórica al estudio de la patología psicosomática”, en *Revista de Occidente*, Madrid, 1950.
4. Citado por José María López Piñero en *Orígenes históricos de la psicoterapia*, cap.2, Alianza, Madrid.
5. Cfr. López Piñero, José. *Op. cit.*, p.54.
6. En este texto evidenciamos a Freud antes del nacimiento de su propuesta psicoanalítica, barruntando, fuertemente el método hipnótico del cual destaca tres momentos: el *rapport*, la obediencia y creencia y la sugestión por la palabra. Desde aquí, digamos, frente a la tumba de Charcot, reconoce que el hipnotismo es una curación por ensalmo. Según estos tres elementos Levi-Strauss reconoce la efectividad de la magia en los chamanes. Cfr. *Antropología estructural*, cap. 10, Paidós, México, 1985.
7. Foucault reconoce que si bien el psicoanálisis tiene un referente en las tecnologías del saber de sí y concretamente en Epicteto en relación con la vigilancia de las representaciones, la propuesta analítica rebasa las terapéuticas y atraviesa la discusión entre ciencias naturales y humanas, dado que en su fin está no sólo el develamiento del yo sino su desvanecimiento. Asumo esta diferencia marcada por Foucault así como por Paul Laurent Assun, no ahondo en las diferencias

Al hablar del sujeto se apunta a tres dimensiones: ser agente, actor y autor

- por no ser el objetivo de este escrito. Me refiero concretamente a los textos de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, S.XXI, México, 1980; Assoun, Paul. *Introducción a la epistemología Freudiana*, S.XXI, México, 1987.
8. Foucault destaca al menos dos sentidos del “saber de sí”: autosignifica “lo mismo” pero también implica la noción de identidad. El cuidado de sí es el cuidado de la actividad (de lo que anima) y no el cuidado del alma como sustancia. Esto requiere, siguiendo a Platón, una mirada, la contemplación en un espejo. Este elemento potencial para evidenciar el “en sí”, lo asumo, en mi hipótesis, entendiendo la psicoterapia como un saber de sí, más al modo que señala Merleau Ponty un “ser para sí”. En este escrito queda pendiente que es el “en sí”, y cómo se constituye la intimidad (para asumir ese dentro-fuera), tema de un artículo posterior.
 9. Los griegos referían a esto como la *Dynámesis*, las actividades que el *eidos* humano es capaz de ejecutar: andar, digerir, pensar, hablar, predicar de sí, etcétera. Cfr: Laín, Pedro. *Idea del hombre*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1996. Aspecto inspirado sustancialmente por Xavier Zubiri en *Inteligencia y logos*, Alianza, Madrid, 1982.
 10. Me refiero a Michael Foucault en *Las Palabras y las Cosas*, op. cit, cap. 10 y Jacques Lacán. *Las psicosis*, Paidós, Argentina, 1999.
 11. Nietzsche, Frederich. *Más allá del bien y del mal*, Orbis, Buenos Aires, 1983. Sigmund Freud, a su vez en *Psicología de las Masas y análisis del yo*, t.XVIII, Amorrortu, 1921, nos dirá: “cada individuo es miembro de muchas masas, tiene múltiples ligazones de identificaciones y ha edificado su ideal del Yo según los más diversos modelos, cada individuo participa del alma de muchas masas y aún puede elevarse por encima de ello hasta lograr una partícula de autonomía y originalidad”. Zubiri apuntando a esa misma potencia de relativa autonomía hablará del ser supraestante.
 12. Cfr: Zubiri, Xavier. *El hombre y la verdad*, Alianza, Madrid, 1999; y en *Inteligencia sentiente*, Alianza, Madrid, 1982.
 13. Xavier Zubiri soportará en esto su propuesta sobre la libertad, en donde la independencia (distancia) “de” las cosas, “para” realizarse se funda en la potencia fundamental, la posibilitación de sí mismo dada por nuestra estructura de indeterminación.
 14. Aquí es importante ponderar el para qué de las tecnologías, Michael Foucault enunciará varias, insisto sólo en la del saber de sí (*Tecnologías del Yo*, Paidós, Barcelona, 1980), nos dice: “que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de los otros cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto tipo de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad”.
 15. Aquí agreguemos, lo esencial sería “cuidarse de sí mismo”.
 16. Me refiero al concepto de mundo de Hiedegger.
 17. Asumir este primario “quedar” da toda diferencia en acercamientos epistemológicos y antropológicos. Cfr: Zubiri, Xavier, *Inteligencia y logos*, op. cit, p.15 y ss. Y en Jacques Lacán. *Las formaciones del inconsciente*, cap. XIV.
 18. Zubiri en su propuesta asume con toda claridad la diferencia entre el hombre y el animal y las cosas, en cuanto a que el hombre no sólo requiere un lugar sino un “sitio” para ser.
 19. Deinon, leyendo a Nussbaum en *La fragilidad del bien*, Visor, Madrid, 1995, refiere que en los textos trágicos es, lo extraño y terrible, aterrador e incomprendible, terrible en poder, asombroso o pavoroso, brillante del entendimiento, humano o monstruosidad de un mal, también se atribuye a una realidad discordante con lo que la rodea, con lo que se desea o espera. Dirá el coro en la Antígona, “todo es deinon, pero nada más deinon que el hombre”.
 20. No está todo dicho, requeriríamos para continuar esta serie de ideas un artículo más, que nos dijera una obviedad, el papel de la presencia del sujeto y los estragos en los modos de presencia, la privación o la deprivación que da la ausencia. Y, la pregunta por la figura de autoridad.